Rafael Vázquez

DESTINO

Vuelvo.
Tu piel es un destino que juega con la vida,
influye en los horóscopos del aire
y gobierna otros soles derramados.
Vuelvo
para quemarme en ellos.
El metal encendido
circula en el abrazo total
e inunda el caos.
Tu sangre se respira
mientras abro tu cuerpo de silencio
en mis manos
y el mapa de tus pechos ilumina la noche.

DEUDA

a Gonzalo
Uno se mira y no se mira a veces
en el espejo vivo de otros ojos.
Y no hablo de mujer, de la fogata
que se quema y se pierde en un instante.
Hablo de cuando el hijo ya es un hombre
y la mano del juego es más pareja.
Hablo de lo que no hablo, porque siempre
queda una voz deudora, demorada.
Todo es casi a la par, aunque me pierda.
Y me pierdo en el pozo del recuerdo.
Todavía está pendiente su reclamo
—que no le tomo en serio—
de hacerle algún lugar en mis poemas.
Como soy mal deudor, sé que algún día
se verá en la razón de mi escritura.

Mientras tanto me miro (y no lo cuento)
en el espejo vivo de sus ojos.

EL PERRO PERDIDO

El perro de mi hija
corre bajo el suburbio de una noche de enero,
cruza campos ajenos, montoncitos de escombros,
calles que nadie encuentra, ni nombra, ni conoce.
Bajo estrellas inútiles y un acoso de ruidos
por donde la pobreza suele sentirse viva,
en medio del festejo del año que inaugura
su reiterado estruendo,
pobre animal sin sombra del color de la noche
va sin rumbo ni techo, prisionero del miedo,
el perro de mi hija.
No puedo ver sus ojos
ni tampoco los de ella
ni adivinar el cauce de su llanto imparable.
Sé que no habrá medida para esta simple pérdida,
frecuente travesura del azar suburbano,
porque de un solo golpe todo el dolor del mundo
bajará desvalido con su muda injusticia
—que no podré apartarle—
sobre su corazón.

CARTA

para Álvaro

Hijo: tengo tu carta entre las manos;
la llevo en el bolsillo, cerca del corazón,
camina la ciudad
conmigo.
A veces ni la leo,
es como si al mirarla entre mis manos
me hablara de temblores y de abrazos,
de distancia y silencio,
silencios que me vienen de tan lejos.
Como siempre, me cuesta
juntar esas palabras del principio:

decirte que estoy bien, que el trabajo no pesa
y siempre escribo.
Sé que ataré después el hilo de la historia,
diré cosas triviales, me pondré en una foto,
me alegraré contigo de lo poco que cuentas
(también una manera de sentir que te extraño)
y al fin, como otras veces,
fracasaré en decirte todo lo que te quiero.
Hijo: pensar que yo creía
que era fácil hablar con los demás
y en años no lo aprendo.